

Poéticas de la marginalidad en el folclor greco-otomano: el cancionero rebético

Alberto Conejero López
C.S.I.C., Madrid

Cuando ante la mirada expectante e inquisitiva de Europa, Grecia consiguió la secesión del Imperio Otomano en 1821, los habitantes de aquel pequeño reino — balcánico y mediterráneo, occidental y oriental— iniciaron un largo y azaroso camino en búsqueda de una identidad colectiva propia y genuina. En la transformación de unos territorios regidos durante cinco siglos por el marco legal otomano del *millet* — el sistema por medio del cual la Sublime Puerta regulaba sus relaciones con las distintas confesiones que lo integraban y que configuraban comunidades con gran autogobierno— a un estado-nación como el de sus protectores occidentales, se encuentra el origen de una larga serie de tensiones y conflictos que aún hoy permanecen sin resolver.

Porque el Reino surgido de la revolución del Peloponeso, era tan sólo una parte minúscula de todos las áreas del Imperio Otomano habitadas por griegos ortodoxos. En 1844, durante la Asamblea Constituyente de la que nacería la primera constitución griega, Yanis Coletis expresó de este modo las ambiciones territoriales de Grecia:

El Reino de Grecia no es Grecia, es sólo una parte, la más pequeña y la más pobre de Grecia. No sólo es griego quien vive en el reino, sino también el que vive en Yanina, en Tesalia, en Serres, en Adrianópolis, en Constantinopla, en Trebisonda, en Creta, en Samos y en cualquier tierra asociada con la historia griega o la raza griega. Los soldados de la Revolución no son sólo aquellos que se rebelaron en 1821 sino todos aquellos que han luchado por la libertad desde la caída de Constantinopla. (...) Hay dos grandes centros del Helenismo: Atenas y Constantinopla. Atenas sólo es la capital del Reino. Constantinopla es la gran capital, la Ciudad, el sueño y la futura felicidad de todos los griegos.¹

Desde un primer momento, el objetivo de los griegos liberados fue la anexión al joven Estado de todos los territorios asociados históricamente al helenismo en Rumelia y Anatolia. Veinte años después de aquella Asamblea Constituyente, un escritor, del que no se ha conservado el nombre, comentaba a un observador extranjero:

¹ Recogido en R. CLOGG (1988), p.57.

No te creas que nosotros consideramos este rincón de Grecia como nuestro país, o que Atenas es nuestra capital, o que el Partenón es nuestro templo nacional. El Partenón pertenece a una religión y a unos tiempos por los que no sentimos especial simpatía. Nuestro país son todos los territorios donde el griego es hablado, y el credo de los griegos ortodoxos es su religión. Nuestra capital es Constantinopla, nuestro templo nacional es Santa Sofía, que fue durante nueve siglos la gloria de la Cristiandad. Y ese templo, y esa capital, son profanados y oprimidos por los musulmanes. Grecia será siempre desgraciada si no los libera.²

Este sueño de anexionar al pequeño reino dichos territorios, y especialmente Constantinopla, no sólo dominó la política griega hasta la derrota en la campaña minorasiática de 1922, sino que fue la única ideología del Estado. Como observó William Miller a finales del siglo XX, "Grecia combinaba los apetitos imperialistas de una Rusia con las capacidades militares de una Suiza"³. El proyecto irredentista, que fue bautizado como el "Gran Ideal", logró maquillar todas las contradicciones de un discurso nacionalista que integraba el pasado clásico pagano, la lengua y la Ortodoxia como elementos identitarios de la nación.

Porque el conjunto de comunidades greco-ortodoxas era un reflejo parcial de la heterogeneidad lingüística y étnica del Imperio Otomano. En uno de los primeros textos publicados en Estambul, una versión moderna del Pentateuco, la versión griega aparece escrita con el alifato hebreo. En Constantinopla, algunos griegos hablaban ladino, por su contacto diario con los judíos sefardíes de la ciudad. Los habitantes griegos de Capadocia hablaban solamente turco, aunque utilizaban el alfabeto griego para escribirlo. Estos *caramanlides* se referían a sí mismos como "cristianos que viven en oriente", nunca como griegos⁴ e incluso seguían el servicio religioso en turco. Los católicos que habitaban las ciudades orientales de Anatolia hablaban griego pero lo escribían con caracteres latinos, denominado este uso como *francojoticá*.

Si, por tanto, la lengua no bastaba para crear una "especificidad" etno-nacional, con la creación del Exarcado búlgaro en 1876, la religión tampoco podía cumplir esta misión. Este debate sobre la identidad étnica de los griegos tuvo su punto álgido en las palabras del helenista austriaco Jacob Philipp Fallmerayer, quien aseguró que en las venas de los actuales griegos no corría una sola gota de sangre helénica, sino que eran eslavos helenizados.

² Recogido en R. CLOGG (1996), p. 254.

³ W. MILLER (1905), p.44.

⁴ R. CLOGG (1996), p.186.

Tras el fin de la Primera Guerra Balcánica en 1913, Grecia había logrado aumentar su territorio en más de un setenta por ciento. Paradójicamente, la anexión de Tesalia, del sur del Épiro, parte de Macedonia, Tracia y Creta devolvió a la nación el problema de la identidad nacional, que había postergado durante decenios. En Salónica, segunda ciudad del Reino, la mayor comunidad era la de los judíos sefardíes, llegados tras la expulsión de España en 1492. La heterogeneidad étnica de las regiones conquistadas suponía una traba para el sueño de una Grecia habitada exclusivamente por griegos y evidenciaba el radicalismo de una política sociolingüística que había despreciado y mutilado la herencia cultural otomana. Sin embargo, los griegos no renunciaron al "Gran Ideal" sino que lo amoldaron a la nueva situación:

Tras las Guerras Balcánicas, la idea de nación ya no puede ser la creación de un Estado Griego puro sino el establecimiento de un amplio Estado Griego en que otros pueblos ajenos pueden habitar con el Griego, manteniendo naturalmente su conciencia nacional. Pero siempre bajo soberanía griega y con la obligación de utilizar la lengua griega, que debe ser la lengua oficial del Estado.⁵

Mientras, en Atenas, estas tensiones entre las dos ramas del helenismo encontraban un nuevo motivo de disputa: la música. Con la aparición de los primeros *café amán* o *café sandur* (el café cantante de corte otomano) a mediados del siglo XIX, los griegos del Reino volvieron a recuperar el contacto con una realidad cultural y lingüística mutilada y perseguida por el nacionalismo más beligerante. Compañías formadas por armenios, griegos y turcos, causaban furor entre los atenienses, con un abigarrado repertorio, donde el intérprete pasaba de una lengua a otra sin con facilidad e incluso interpretaba una pieza en varios idiomas. El 27 de julio de 1886, un artículo aparecido en la revista satírica *Rabagás*, describía de este modo la actuación de la Tuerta Catina (la esmirniota Kior Catina, una de las divas de la época):

Su canción impone un profundo silencio, de derviches, una calma en la que puedes oír el susurro de un mosquito que cruza el jardín. Un dulce escalofrío te hace temblar, como si te hubiera rozado el vello de la nuca alguna hurí del paraíso de los musulmanes (...) bajas los ojos, los cierras, y te dejas llevar por las alas de su voz, como si hubieras tomado hachís.⁶

Los atenienses se burlaban de "los amantes de la musa oriental" en expresión de la época, y describían de este modo a los asiduos a los *café amán*:

⁵ A.A. PALLIS (1933), p.18.

⁶ Recogido en Z. JACHIPADATZÍS (1986), p.61.

Siempre está dispuesto a la melancolía, disgustado con el rumbo de los acontecimientos actuales, invocando la bondad de los tiempos pasados. Y sueña con bodas con violines y laúdes, y verbenas donde bailar esos simplones bailes griegos... Y piensa en qué es lo griego y su mente vuela a los gorgoteos de la música de Esmirna y a los instrumentos de los turcos y de los árabes.

El éxito de estas compañías otomanas y la difusión de sus logros artísticos y personales en la prensa ateniense del XIX, parecieron anunciar una "reconciliación" de los griegos con la cultura otomana. Sin embargo, la derrota de Grecia en la Guerra de los Treinta Días en 1897, avivó el rechazo visceral a lo "otomano" y obligó al cierre de los cafés cantantes. Con la llegada del siglo XX, la crítica y persecución de las "canciones de oriente" no sólo no se apaciguó sino que tomó mayor fuerza. El cuatro de julio de 1917, aparecía la siguiente reflexión en la publicación *Embrós*:

Todos los músicos, los tabladros los garitos, los fonógrafos, los organillos, los *sanduria*, los violines, los cantantes, los gitanos, los lisiados con sus acordeones, los cafés, el teatro ambulante, todos son culpables de que Grecia siga invadida por los turcos y su música.⁷

El estallido de las Guerras Balcánicas provocó el viraje definitivo en el ideario de los Jóvenes Turcos en un movimiento nacionalista como el de sus vecinos balcánicos. Así, el soñado proyecto de convivencia quedó enterrado para siempre. Las diferencias políticas y culturales entre los griegos del Reino de Grecia (*eladites*) y los griegos otomanos (*romii* según el término utilizado en esas comunidades, o *alíttrotos elinísmos* desde el lado griego) se irían acentuando a medida que su contacto —ya por la conquista de los territorios, ya por los intercambios de población— era mayor.

La Primera Guerra Mundial provocó la fisura definitiva en el "Gran Ideal". Los seguidores de Constantino I —con relaciones políticas y familiares con los Imperios Centrales— eran partidarios de la neutralidad y permanecer como una "Grecia pequeña pero honrada". Los que apoyaban al primer ministro Elefcerios Venizelos, convencidos del triunfo de la Triple Entente, creían que Grecia vería recompensada su participación con concesiones territoriales en Anatolia. El cisma nacional desembocó en la coexistencia de dos Gobiernos: el de Venizelos asentado en Salónica y el legítimo de Constantino I en Atenas. Los Aliados forzaron el exilio del rey y reconocieron el gobierno de Venizelos. Tras la contienda, Grecia vio recompensada su tardía pero decisiva participación con importantes concesiones territoriales. Los venizelistas proclamaban que había conseguido la creación de la Gran Grecia, la de "los dos continentes y los cinco mares" (los dos continentes eran Europa y Asia y los cinco mares el Jónico, el mar de Mármara, el mar Negro, el Egeo y el Mediterráneo).

⁷ S. PAPANDONIU, *Ebrós*, 4 de julio de 1917.

Sin embargo, los Aliados no calcularon las consecuencias de la quiebra definitiva del Imperio Otomano. El desembarco al sur de Anatolia de un contingente italiano al sur precipitó la invasión griega de Esmirna, ciudad con más habitantes griegos que la propia Atenas.

Un año después, en 1920, el Tratado de Sèvres legitimó la invasión, que en un primer momento quedó justificada ante la Sociedad de Naciones como un intento de proteger a las comunidades griegas del hostigamiento turco. Turquía nunca llegó a ratificar el tratado, que entregaba las ruinas del Imperio Otomano a las potencias occidentales. La invasión griega sirvió para unir a todos los turcos bajo la bandera del movimiento nacionalista liderado por Kemal Atatürk. Mientras tanto, y contra todo pronóstico, la derrota de Venizelos en las elecciones devolvió al rey Constantino del exilio. En la creencia de que pronto se recuperaría Constantinopla como capital del nuevo imperio, el rey fue aclamado por muchos como Constantino XII. De esta manera se cerraba el lapso temporal de dominio otomano, resucitando la memoria de Constantino XI, el último de los Paleólogos que murió en la toma de 1453.

En el fervor nacionalista, la toma de Esmirna era una señal de Dios, que bendecía al pueblo griego en su esfuerzo por resucitar el imperio griego:

Hermanos míos: os requerimos para una santa y noble catequesis, de esas que sólo una única vez en el transcurso de todos los siglos se presentan para fortuna de los pueblos. (...) La hora ya es venida. Los anhelos de tantos siglos se cumplen. (...) El deseo de unirnos a nuestra madre Grecia, en el histórico y digno de recordar día de hoy, uno de mayo, se convierte en una realidad consumada.

Desde hoy (...) formamos parte inseparable de la afamada, unida, inmortal nuestra Gran Patria Grecia.

El desembarco de las divisiones griegas en las costas de Asia Menor se ha producido. Las murallas exteriores de la ciudad ya han sido tomadas por las tropas griegas. Mañana, nuestros libertadores llegarán para la toma de la ciudad. ¡Viva la Raza!⁸

Estas palabras del metropolitano de Esmirna Crisóstomos ocultaban una realidad mucho más compleja. Mientras que, como hemos visto, los griegos del Reino contemplaban el Imperio Otomano como un enemigo indeseable al que había que destruir y negar para la consecución del Gran Ideal, los griegos otomanos lo consideraban su patria. De hecho, habían participado activamente en las reformas administrativas de la Sublime Puerta, y hasta la segunda década del pasado siglo creían posible la reconversión del Imperio en una república laica y multiétnica, más cercana a

⁸ Recogido en Y. AKCHOGLU(1998), p. 63.

los postulados de Rigas Fereos, inspiradas en la Revolución Francesa que a los de Venizelos, movidos por un nacionalismo etnocentrista. Desde las reformas liberales que el Imperio Otomano inició en 1837 con el nombre de Tanzimat, su presencia y participación en los parlamentos locales fueron intensas hasta su disolución. Tanto las clases más privilegiadas como los intelectuales “afrancesados” lucharon por salvaguardar su identidad cultural, amenazada tanto por el absolutismo otomano como por el nacionalismo griego. En 1867, el artículo principal del periódico constantinopolitano *Anatolicós Astir* (La estrella de Anatolia) afirmaba:

Los griegos súbditos de la Sublime Puerta nunca han dejado de amar su patria, y esto nadie puede ponerlo en duda. Porque amando su patria es imposible que no amen al Imperio Otomano, porque esa es su patria.⁹

Posteriormente, el cisma entre monárquicos y venizelistas se reprodujo con la misma virulencia en tierras otomanas y continuó durante toda la campaña minorasiática. En los primeros meses de la contienda, el Ejército no encontró un rival organizado. Los griegos avanzaban imparables hacia el este de Anatolia. De poco sirvieron las críticas de la Sociedad de Naciones por las atrocidades cometidas contra civiles turcos. En 1922, las fuerzas kemalistas —ya organizadas y sin años en campaña— derrotaron al Ejército Griego, que ahora sí estaba dispuesto a aceptar el plan británico para crear un protectorado en los asentamientos griegos. Los turcos no quisieron negociar, conscientes de que la victoria total era suya. La desbandada de las tropas griegas en dirección a la costa dejó sin protección a los cristianos del interior de Asia Menor, que fueron objetivo fácil de la venganza de los turcos. Atatürk acorraló a las tropas griegas en la ciudad de Esmirna. Aparentemente ajena a los cruentos acontecimientos que jalonaban la disolución del gobierno de la Sublime Puerta, Esmirna era uno de los principales puertos comerciales del Levante y uno de los centros de diversión preferidos por la burguesía europea. En la madrugada del once de septiembre de 1922 se inició un fuego en el barrio armenio, cuyos habitantes se habían resistido a la entrada de las tropas turcas. Súbitamente, el viento cambió de dirección, de norte a sur, llevando las llamas hacia el puerto. Quinientos años antes, el historiador Critóbulo al observar que los vientos no eran propicios para los griegos que defendían Constantinopla de los otomanos escribía:

⁹ Recogido en C. MISTAKIDU (2004), p.88.

También Dios nos denegó su auxilio.

En pocas horas, todos los barrios menos el judío y el turco se desplomaban bajo el fuego. Lo que seguramente fue una macabra acción puntual de los irregulares turcos para borrar las huellas de sus asesinatos en el barrio armenio, escapó de su control hasta acabar con dos tercios de la ciudad. El incendio de Esmirna substituyó en el imaginario colectivo griego a la toma de Constantinopla:

Como el incendio de Esmirna
no hubo otro en el mundo.
Se quemó hasta hacerse cenizas
y así Kemal se quitó la espina.

Esmirna, mi pobre madre, Esmirna,
¿dónde está tu belleza ahora?
Te quemaste hasta los cimientos,
todos tus edificios y tus mercados.

Se quemó un colegio
que era una escuela para chicas.
Se quemó una profesora
que era blanca como la leche.¹⁰

La milenaria presencia griega en Asia Menor se consumió junto a la ciudad. Decenas de miles de griegos y armenios fueron ajusticiados. Seis meses más tarde, en enero de 1923, Eleuterio Venizelos e Ismet Pasha, los negociadores griego y turco, firmaron un acuerdo para el intercambio forzoso de poblaciones. El acuerdo obligaba a "un intercambio total de los ciudadanos turcos de religión ortodoxa que habitan en Turquía por los ciudadanos griegos de religión musulmana que habitan en Grecia". Una oleada de refugiados —un millón y medio de personas para una población total de cuatro millones— inundó los puertos de Grecia. El país estaba ahora obligado a convivir con aquello que soñaba y despreciaba: el helenismo otomano:

¿Qué te importa a ti
de dónde soy yo,
si soy de Caratás, mi vida,

¹⁰ Los pavorosos incendios que sufrieron las urbes anatolias constituyen un tópico habitual en el cancionero tradicional de Asia Menor. Con variaciones toponímicas, la composición minorasiática "Se quemó un colegio" ha servido para ilustrar diferentes desastres históricos. Las primeras versiones inspiradas en el incendio de Esmirna aparecen pocos meses después de producirse el mismo. Cfr. T.SJORELIS (1998), pp. 66-67, N. YEOARYIDIS (1999), pp.22-24.

o de Cordelió¹¹?

¿Qué te importa a ti ,
que no dejas de preguntarme,
de qué tierra soy yo
puesto que no me amas?

En el lugar de donde soy
saben amar,
saben esconder la pena,
saben disfrutar.

¿Qué te importa a ti,
que no dejas de preguntarme,
puesto que no me amas
y sufrir me haces?

Yo vengo de Esmirna
para encontrar consuelo,
Para encontrar en nuestra Atenas
amor y cariño.¹²

Fue durante este proceso de desarraigo y marginación, la disolución del Imperio Otomano y la configuración de los nuevos estados-nación, cuando apareció un nuevo tipo de tradición musical, denominado genéricamente rebético. El término, cuyo étimo nunca ha sido aclarado convincentemente, sirve para designar a un grupo de canciones inspiradas en el cancionero tradicional, pero que reelaboran este material con la inclusión de nuevos motivos temáticos e instrumentales. Son, pues, canciones *contrafacta*, contrahechuras, que sobre el molde formal de la tradición popular griega, arabopersa o francolevantina (europea) crean nuevas piezas donde se aprecia la influencia fertilizante de los géneros en boga.

¹¹ Tanto Caratás como Cordelió eran poblaciones en el golfo de Esmirna. Caratás era un barrio muy humilde, habitado por griegos, musulmanes y armenios. Cordelió era uno de los centros preferidos de diversión de la clase alta esmirniota.

¹² La canción es un *contrafactum* de una canción tradicional minorasiática a la que se le han realizado ligeras modificaciones y añadido la última estrofa. Cfr. N. YEORYIDIS (1999), p. 26.T. SJORELIS (1998), p.126.

Si Manuel de Falla hubiera conocido la canción rebética no hubiera afirmado que el flamenco "es acaso el único canto europeo que conserva en toda su pureza, tanto por su estructura como por su estilo, las más altas cualidades inherentes al canto primitivo de los pueblos orientales". Porque el rebético, al igual que el flamenco, conserva muchos rasgos musicales de su abigarrado origen: la repetición obsesiva de una nota, las interjecciones y gritos que apoyan al cantante en su ejecución, las estrofas heterométricas, la presencia de términos orientales, etc.

Las canciones rebéticas, por tanto, dieron voz tanto a los refugiados minorasiáticos como a todos aquellos que no pudieron o no quisieron asimilarse en la estructura sociopolítica de la Grecia independiente y la nueva Turquía. Abundan en el argot rebético términos de origen militar o propios de las estructuras mafiosas que a finales del siglo XIX se disputaban los populosos barrios de Estambul, Atenas o Esmirna. A estas estructuras clanísticas y marginales se unieron los supervivientes de la disolución del legendario cuerpo de los jenízaros y de la orden mística de los bektashíes en 1896. Los *rebetes*, los creadores del rebético, heredaron muchas de las prácticas de sus predecesores: el ritualizado consumo de hachís, la danza extática del *seibékico*¹³, etc.

Estos grupos tenían una jerarquizada estructura y un estricto código de honor, en el que la exaltación de la masculinidad y el diestro manejo de cuchillos eran puntos fundamentales. Su apego al pasado —a un tiempo no muy lejano donde ostentaban el poder oficialmente y no formaban parte de los bajos fondos— marcaba su idiosincrasia: el cinturón donde escondían cuchillos y pistolas repetía el atuendo de los jenízaros; los zapatos de tacón alto eran herencia de los *daides* —jefes locales— de Estambul; la camisa blanca la tomaron prestada de los *cuchavákides*, los matones del Pireo; el narguile de los derviches; el sombrero modelo *república* de los señores de Esmirna. Los *guapos* y *compadres* del tango argentino y el barroquismo de vestimenta de los primeros cantaores flamencos son ejemplos en otras tradiciones híbridas de este fenómeno.

Estos grupos sociales marginados, incapaces de adaptarse a la nueva estructura sociopolítica, encontraron en la música un lenguaje común de expresión. Un proceso,

¹³ Danza que tiene su origen en los rituales marciales de la tribu de los *seibékides*, griegos islamizados que servían a la Sublime Puerta como ejército irregular. La danza, de carácter marcial y extático, era bailada exclusivamente por hombres hasta las últimas décadas del pasado siglo.

como hemos indicado, hermano de los que crearon el tango argentino y el flamenco. El cancionero tradicional greco-otomano fue adaptado hasta servir a las necesidades de expresión de ese subgrupo social que dudaba entre la asimilación con los griegos —a la estructura social establecida— y la conservación de sus rasgos propios. El rebético es la expresión colectiva de este vivir continuo en las fronteras, en los límites. Los puertos, los pequeños cafés de los mercados y los teatrillos ambulantes cobijaron estas composiciones, mientras historiadores, filólogos, folcloristas y editores daban forma y fondo al folclore oficial, convenientemente expurgado y puesto al servicio de apriorismos etnicistas.

La cárcel —de nuevo como en el flamenco, como en el tango— es uno de las madres de estas canciones. El café y la taberna —*teké* en el argot rebético, centro monacal de derviches— son los otros recintos que alumbraron el rebético. De su vientre oscuro llegó a las barriadas del Pireo, a las fábricas de Salónica, a los arrabales cretenses. En sus versos permanece la lucha de los griegos otomanos por sobrevivir a un Imperio que parecía arrastrarlos en su ruina, que los había expulsado de sus fronteras pero que permanecía intacto en el horizonte de su memoria:

Yo soy un pequeño derviche, y lo digo,
al que echaron de Esmirna y sólo puede llorar.
Por eso me he dado a la bebida
y fumo hachís
en el café amán.
Ay, amor mío,
¡cuánto te quise!

Cuando toco el ud me entristezco
me acuerdo de mi patria y me deshago
Venga la pobreza, venga la riqueza,
toco con pasión el ud el café amán.
Ay, amor mío.
¡Cuánto te quise!

Refugiado me llaman en Atenas,
porque sé divertirme y toco con maestría,
porque canto y lloro,
y les cuento mi dolor,
que me echaron de Esmirna, pobre de mí.¹⁴

¹⁴ Aunque la primera grabación conservada sea ésta por el armenio Marcos Melcón en 1950, la canción fue compuesta pocos meses después de la Catástrofe por el músico E. Papásoglu, tal como recuerda su mujer. Sin embargo, la melodía es tradicional, así como las primeras versiones inspiradas en el exilio. Cr. T. SJORELIS(1998), pp. 130-131, P. CUNADIS (2002), pp.69-70.

Sin embargo, para la madre Grecia, los refugiados ya no eran "los hijos irredentos", sino el rastro mendicante de la humillación y la derrota de Asia Menor. El rechazo de los nativos —que se referían a los griegos otomanos como "perros turcos", "bautizados en yogurt", y que consideraban a las mujeres anatólicas demasiado liberales— se oficializó durante la dictadura fascista de Metaxás (1935) y su ideal de una "Tercera Civilización helénica", libre de elementos orientales indeseables. De nuevo, la musa popular se hizo eco del hostigamiento:

Un señorito se casa y toma como mujer a una refugiada,
ay, refugiada de ojos negros,
 y se casa con una refugiada,
refugiada, te lloran mis ojos.

Y su madre cuando lo supo muy mal le pareció,
ay, refugiada de ojos negros,
 muy mal le pareció,
refugiada, te lloran mis ojos.

Encuentra dos serpientes vivas y se las cocina,
ay, refugiada de ojos negros,
 y se las cocina,
refugiada, te lloran mis ojos.

Y con el primer bocado la muchacha se envenenó
ay, refugiada de ojos negros,
 la muchacha se envenenó,
*refugiada, te lloran mis ojos.*¹⁵

Los refugiados, que durante muchos siglos lucharon por liberarse del yugo otomano, sobrevivían ahora como mano de obra barata, como ciudadanos de tercera en un país que se había hecho llamar su "libertador". La desesperación y el dolor fueron seguidos del desencanto; el desencanto de la resignación; y los que tuvieron fuerzas para seguir luchando se incorporaron primero a los sindicatos y asociaciones locales, y más tarde al comunismo y a la resistencia. Los que no lograron encontraron en el alcohol y las drogas el consuelo que las otras puertas a las que llamaban les negaban:

Desde que anochece hasta que amanece,
 con drogas la vida paso
 y el mundo entero se me rinde
 cuando aspiro el polvo blanco.

El mundo entero está en mis manos cuando tengo droga y me la meto,

¹⁵ La canción es un *contrafactum* de varias canciones populares.

y cuando los policías me sorprenden pongo pies en polvorosa.

Cuando te colocas
te vuelves de golpe
un rey, un dictador,
Dios y señor del mundo.

Cuando te metes drogas
las palabras salen solas
y ya todo en el mundo lo ves de color rosa.

- ¡Me meteré droga, mi hermano, hasta que resucite!

Ahora Grecia es mía,
¡y tú te ríes al verla así!
Le falta una de sus piernas,
la que se jugaron a los dados.

Yo me convertiré en un dictador
y que el mundo se haga cenizas.
Tendré a uno que me encienda la pipa
y otro que me la apague¹⁶

Como hemos indicado, el malestar de los refugiados fue decisivo en el rumbo de la vida política del país en el periodo de entreguerras. Pese a la derrota de 1922, el apoyo a Venizelos y al Partido Liberal entre las filas de los refugiados se mantuvo durante una larga década. Para los refugiados, la monarquía griega y su brazo político en el parlamento eran instituciones totalmente extrañas, pues su único contacto con la monarquía había sido a través de la polémica figura de Constantino I. Por otro lado, la tolerancia religiosa del Imperio Otomano y las libertades económicas e individuales de la burguesía griega de Asia Menor hacían que los refugiados tuvieran una inclinación política más progresista que la de los griegos del Reino.

El rechazo de los nativos, la caótica distribución de los fondos de ayuda y el abandono político de las barriadas de refugiados alimentó el clima de descontento y desconfianza entre los refugiados. La ley 45 /1936 del Ministerio de Prensa y de Turismo del dictador Metaxás tuvo como objetivo la erradicación de esta tradición urbana: prohibió la emisión de las canciones rebéticas, clausuró tabernas y fondas, censuró sin piedad todas las canciones molestas al régimen y endureció las penas para los consumidores de hachís.

¹⁶ Escrita por dos "representantes" de la canción ligera: Emilio Sabids (letrista, curiosamente luego formaría parte del comité de censores de Metaxás) y Sosos Ionadis (compositor) que debido al "candente" tema de la letra aparecieron en la etiqueta del disco con los pseudónimos de N. Déltras y S. Psiriotis. La voz de su Amo AO 2179/ 1935 Atenas.

Esta persecución del rebético se prolongó hasta la ocupación de Grecia por los alemanes en 1941. Vangelis Papásoglu, compositor esmirniota que sobrevivió a la catástrofe del 22, escribía a su mujer al inicio de la contienda:

No volveré a sufrir lo mismo que en Esmirna, cuando todo el mundo tocaba los instrumentos y bailaba, y no se preocupaban, pero nuestra patria se perdía. No volveré a sufrir lo mismo. Yo desde hoy no vuelvo a cantar, ni a tocar mientras dure la guerra. Algo saben los pájaros cuando se recogen en la noche. De noche no cantan, y la noche no es peor que una guerra. En Esmirna aliviábamos nuestro dolor con las canciones. Pero entonces no sabíamos lo que era el dolor. Si vuelves a nacer y te preguntan:

"¿Qué quieres ser?"

Tú tienes que contestar:

"Otra vez cristiana [*no griega*], otra vez de Esmirna y cuando muera que me pongan adelfa en la boca, por no querer dejar de ser cristiana, por no olvidarme de Esmirna."

La muerte de muchos de los artífices minorasiáticos del rebético, la ocupación alemana y la Guerra Civil Griega (1944-1949) forzaron el ocaso definitivo del rebético como creación viva. Afortunadamente, el registro fonográfico ha permitido que hoy, un siglo después, estas canciones del hachís y del exilio, del desarraigo y de la pobreza, sean la memoria, la literatura de una sociedad a la deriva que tuvo su más fiel patria en ellas.

BIBLIOGRAFÍA:

AKCHOGLU, Yacobos: *Εσμιρνιακή Μουσική 1919-1922*, Trojalia, Atenas, 1988.

ÁLVAREZ CABALLERO, Ángel: *Historia del flamenco*, Alianza Editorial, Madrid, Madrid, 1986.

AULIN, Suzanne y VEJLESKOV, Meter:

Εσμιρνιακή Μουσική Museum Tusculanum Press, Univertyy of Copenhagen, 1991.

AYENSA, Eusebi: *Cancionero griego de frontera*, Nueva Roma (23), Consejo Superior de Investigaciones Científicas, Madrid, 2004, 316 páginas

AYENSA, Eusebi: "Folclore y nacionalismo griego. Ideologías en torno a la caída de la Ciudad", *Erytheia*, 24 (2003) 179-205.

BÁDENAS DE LA PEÑA, Pedro: "La transcripción del griego moderno al español", *Revista Española de lingüística*, año 14, fasc. 2, 1984.

BÁDENAS DE LA PEÑA, Pedro: "La formación de la Grecia Moderna y el irredentismo balcánico", *Fortunatae, Revista canaria de filología, cultura y humanidades clásicas*,

CLOGG, Richard (ed.): *The Movement for Greek Independence 1770-1821, A collection of documents*, Londres, 1976.

CLOGG, Richard: *Anatolica: studies in the Greek East in the 18th an 19th centuries*, Aldershot, Gran Bretaña. Variorum. 1996.

CLOGG, Richard: *Historia de Grecia*, Cambridge University Press, Madrid, 1988.

CLOGG, Richard (ed.): *Minorities in Greece: aspects of a plural society*, Hurst and Company, Londres, 2002.

CONEJERO, Alberto: "Procesos de sincretismo religioso y lingüístico cultural en el helenismo anatolio: génesis y configuración socio-lingüística del rebético". *Erytheia, Revista de Estudios Bizantinos y Neogriegos* (25), 2004.

COTARIDIS, Nicos (ed.): *Ρεμπέτες και ρεμπέτικο τραγούδι*, Atenas, Plezron, 2003.

COURBAGE, Youssef y FARGUES, Philippe: *Chrétiens et Juifs dans l'Islam arabe et turc*, París, Fayard, 1992.

CUNADIS, Panayotis, *Εις ανάμνησιν στιγμών ελκυστικόν, Κείμενα γύρο από το ρεμπέτικο*, 2 vols., Atenas, Κατάρτι, 2002-2003.

DAMIANACOS, Stacis: *Κοινωνιολογία του ρεμπέτικου*, Atenas, Plezron, 2001.

GAUNTLETT, Stacis: *Ρεμπέτικο τραγούδι: Συμβολή στην επιστημονική του προσέγγιση*, Atenas, Tu ikostú protou, 2001.

JACHIPADAYIS,

Zomas:

✻✻✻✻ ✻♦✻✻✻✻✻✻✻✻✻ ✻✻✻✻✻✻✻✻✻ ✻✻✻✻✻✻✻✻✻, Stigmí,

Stigmí,

Atenas, 1986.

MILLER, William: *Greek life in town and country*, Londres, 1905.

MISTIKIDU, Caterina:

♪ ○ℳ ♯✻✻✻●✻✻ ✻✻✻✻ ✻✻✻✻✻✻ ✻✻✻✻ ✻✻✻✻✻✻✻✻✻ 1

800-1923, Pataki, Atenas, 2004.

- PEDROSA, José Manuel: “Las canciones contrahechas: hacia una poética de intertextualidad oral”, *De la canción de amor medieval a las soleares, Profesor Manuel Alvar “in memoriam”*, ed P. Piñero (Sevilla: Universidad), pp. 449-469, 2004.
- PENTZOPULOS, Dimitris: *The Balkan exchange of Minorities and its impact on Greece*, Londres: Hurst & Company, 2002.
- PETRÓPULOS, Ilías: *Ρεμπετολογία*, Atenas, Kérdos, 1990.
- PETRÓPULOS, Ilías: *Ρεμπέτικα Τραγούδια*, Atenas, Kérdos, 1990.
- SALAS, Horacio: *El tango*, Buenos Aires, Emecé Editores, 2004.
- SEROUSSI, Edwin: “Judeo-Spanish Contrafacts and Musical Adaptations: The Oral Tradition”, *ORBIS MUSICAE*, V. X, pp. 164-194, Tel-Aviv University, 1990-1991.
- SMITH, Michael Llewellyn: *Greece in Asia Minor 1919-1922*, Londres: HURST & COMPANY, 1988.
- SHAW, Stanford J.: *History of the Ottoman Empire and Modern Turkey*, 2 vols, Cambridge: University Press, 1997.
- SJORELIS, TASOS: *Ρεμπέτικη ανθολογία*, 4 vols, Atenas, Plézron, 1977-1981.
- YEORYIADIS, Nearjos: *Ρεμππέτικο και πολιτική*, Atenas, Sínjroni Epojí, 1999.